

**Una muerte
prematura**

(8 de febrero de 1959)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA

NOVIEMBRE DE 2019



ESCRIBEN: Irma López, César Anguiano, Tonantzin Medina, Leopoldo Barragán y José Luis Larios.

CALAVERAS: Miguel Ángel León, José Carlos Juárez y Julio César Zamora.

Bajo la cruz de tu parroquia: Colima virreinal

María Irma López Razgado*



Algunos estudiosos coinciden en que la preparación para la muerte durante la época virreinal alcanzó un auge inusitado. Se desarrollaban diversas prácticas religiosas encaminadas a fomentar la fe, con el fin de fortalecer el espíritu y así garantizar la disposición final del cuerpo y el cuidado del alma, en fin: ayudarlo a bien morir.

Diferentes fueron los recintos para colocar el cuerpo del recién difunto. En la Villa de Colima, por ejemplo, lo que conocemos como la plaza principal, hoy Jardín Libertad, se fueron levantando alrededor de ella los cimientos de la Iglesia principal, que estaba hecha, en un principio, de pajarete, dedicada a San Sebastián, curato del obispado de Valladolid desde 1536 a 1796. Después, desde 1585, siguiendo la disposición católica, se trató de unificar el ritual mortuorio, para sepultar tanto a españoles, criollos, mestizos, negros, mulatos e indios y se tomaba como base los deseos del testamentario.

Fue a principios del siglo XVII que la Villa de Colima inició un proceso de expansión religiosa, el cual mantuvo por centro la iglesia parroquial dedicada a San Sebastián, que fue sustituido en 1668 por San Felipe de Jesús, patrono jurado de la Villa de Colima.

En 1680 se contaba con tres parroquias en donde se les daba santa sepultura a los antiguos vecinos de Colima, para ser inhumados dentro y fuera de las naves de las iglesias: se enterraba a las personas en la Iglesia mayor, actual Catedral; la Iglesia Hospital de San Juan de Dios (1605), ubicado en la actual calle de Independencia, esquina con Gildardo Gómez, y la Iglesia del Convento de Los Mercedarios (1608), ubicado, en un principio, en la actual calle de Gildardo Gómez, entre las calles de Gregorio Torres Quintero y 16 de septiembre, todo según consta en los libros parroquiales.

El recién finado dejaba a sus albaceas las indicaciones para cumplir su última voluntad. Así, varios cuerpos fueron amortajados y sepultados al interior del santuario, dividiéndose éste en tramo primero, segundo, tercero o cuarto. Por ello podemos suponer que el interior de la parroquia principal de Colima, hoy Catedral, constituyó el primer camposanto, incluyendo el atrio (tramo cuarto) y extendiéndose a la parte lateral y posterior de la parroquia.

Mención especial, fue el cementerio del Convento Iglesia de San Francisco de Almoloyan (1554), dedicado a la devoción de los indígenas del lugar, quienes mantenían el culto a la Virgen María. El camposanto fue instalado al costado poniente de la iglesia, donde podemos suponer que estaba el atrio del mismo.

Durante el siglo XVIII, sabemos que otras iglesias fueron utilizadas como cementerios: La Iglesia de La Soledad (1774 c.a.), en donde tenían una imagen de María Santísima de la Concepción (iglesia ya desaparecida). La Iglesia del Dulce Nombre de Jesús (1774), dedicada a los mulatos de Colima y que tenían un lindo retablo del Niño Jesús (este espacio es hoy el Auditorio Miguel de la Madrid). La Iglesia de Nuestra Señora de la Salud (1795 c.a.), dedicada a

María Santísima, donde actualmente está el mausoleo del primero gobernador de Colima (1857), General Manuel Álvarez (1800-1857), actualmente en la calle Doctor Miguel Galindo.

Después de recibir los sacramentos de extremaunción y comunión, tras fallecer pedían a sus familiares ser vestidos o amortajados con el hábito del “Seráfico Padre San Francisco”, muy común entre los vecinos de la Villa de Colima. Otra petición era ser:

“enterrados con humildad, entierro alto y entierros con pompas. Estos con vigilia, misa de cuerpo presente, novenario de misas cantadas, novenario de misas rezadas, con responso y doble de campana, y con cruz alta o cruz baja” (Alvarado Torres, 2005).

Leyes de Reforma

Durante el siglo XIX, con la aparición de la secularización de cementerios, se empezaron a construir éstos en las afueras de la ciudad. El primero que aparece señalado para Colima estuvo en la parte norte del Jardín Núñez, dentro de la extensión que comprenden las calles Madero y Filomeno Medina, esquina oriente del actual Palacio Federal. Más adelante se trasladó hacia la esquina que alcanza la calle Madero y la avenida Pedro A. Galván, mismo que empezó a construirse desde 1831, según Guedea y Castañeda.

Un acontecimiento que marcó a los vecinos de Colima fue la fiebre amarilla que llegó en 1883 por el lado de Manzanillo, provocando una gran mortandad y fue necesario abrir el camposanto llamado Potrero de las Víboras para sustituir al viejo cementerio; hoy se conoce como el Panteón Municipal de Colima, ubicado en la avenida Camino Real. Este mismo se amplió en septiembre de 1906 con un terreno de seis hectáreas por exigirlo así las necesidades del momento.

“El velorio comenzaba, según la hora, con entrar y salir de visitantes y recibo de obsequios de velas y coronas de flores, durante el día; por la noche se acompañaba de algunas bebidas embriagantes, jarras de café negro y cigarros en abundancia... y en la calle se encendía una hoguera cuyas movedizas y amarillentas flamas anunciaba a los transeúntes la defunción. Amanecía, y si el difunto era de recursos económicos, iba a la iglesia a que le dijeran misa de cuerpo presente, o cuando menos algunos responsos, y de allí... ¡al panteón!” (Dr. Miguel Galindo).

*Historiadora del INAH-Colima

nanishe@hotmail.com

Referencias primarias y biográficas:

Archivo Histórico del Municipio de Colima.

Archivo parroquial del templo de San Felipe de Jesús, el Beaterio.

José Miguel Romero de Solís (1994). *Breve Historia de Colima*. México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.

Alvarado Torres, Rosa María (2005), *Los Testamentos en Colima. 1780-1810*. Tesis de Maestría en Historia. Universidad de Colima, Colima.



Parroquia de Colima, AHMC (1880 c.a.).
(Fondo Rogelio Portillo Ceballos).



Tras fallecer, algunos vecinos de Colima eran amortajados con el hábito de San Francisco de Asís, representado en esta pintura por el español Claudio Coello en 1669.



Epistemología de la muerte

Leopoldo Barragán Maldonado

Si empíricamente sólo podemos hablar de aquello que conocemos, ¿cómo entonces hacerlo de la muerte al no haber experimentado el hecho de estar muertos? Dice un refrán: “los muertos no hablan”, sin embargo conversamos dogmáticamente de la muerte como si fuéramos receptores de un amplio y profundo conocimiento transmitido por quienes moran en el mundo del no-ser.

¿Qué es lo que sé de la muerte?, ¿qué sabes tú, ya moriste y regresaste de la muerte como para platicarnos de qué se trata? Si esta pregunta se la formuláramos a Pierre Charron (1541-1603), el escéptico radical, probablemente levantaría sus hombros en señal de ignorancia y nos diría: “Yo no sé nada”. ¿Acaso frente a esta paradoja nos conformaríamos con permanecer en silencio, o nos posesionaríamos en el más depurado agnosticismo o en recatado escepticismo?

Wittgenstein ha sido enfático: “La muerte no es un acontecimiento de la vida. No se vive la muerte”. Sentencias que remiten históricamente a la doctrina moral de Epicuro y su desprecio por la muerte, decía el filósofo: “mientras nosotros vivimos no ha venido ella, y cuando ella ha venido ya no vivimos nosotros. Así la muerte no es contra los vivos ni contra los muertos, pues en aquellos todavía no está y en estos ya no está”.

¿Vistas así las cosas, qué alcance tiene intentar una aproximación epistemológica de la muerte? El acercamiento es posible desde que colocamos a la muerte como un objeto de conocimiento; en primera instancia topamos con aparente contradicción al suponer que, desde el punto de vista mundano, sólo tendrá coherencia hablar de aquello que hemos experimentado, *verum et factum* (la verdad está en el hecho), decía Vico, y como nadie nos ha enseñado ‘el conocimiento de la muerte’ o la condición del ‘estar-muerto’, entonces todo discurso referente a la muerte resulta una frivolidad; sin embargo, ríos de tinta han corrido en torno a la temática de la muerte como si en realidad la hubiéramos aprehendido y felizmente conocido; aunque parezca grotesco, ningún ‘muerto’ nos ha dicho qué es estar en aquella condición. Si en el mundo de los vivos definir la *vida* es complejo, mucho más lo será siquiera describir el de los muertos, el ‘otro-mundo’, por llamarle de alguna manera.

Acorde al budismo el mundo es una ilusión, mientras que el otro mundo, el de los muertos, una ficción. No obstante, el ansia de ser, la pretensión de inmortalidad convierten a este mundo en una ficción. Nuestra existencia es sólo el resultado de las respuestas que damos a las oportunidades que nos pone la vida, debido a esta conjunción de capacidades y oportunidades somos meras posibilidades encarnadas, y toda posibilidad tiene límites, reales o ideales, la muerte es una condición realmente infranqueable, Karl Jasper le llamó “situación límite” (*Grenzsituation*).

Menciona James P. Carse en su obra *Muerte y Existencia, una historia conceptual de la mortalidad humana*: “la muerte es la fuerza que provoca que la realidad sea una ficción. Lo que la muerte revela, lo que el budista experimenta en un primer encuentro con el sufrimiento y la muerte, es que la vida y el mundo, no son lo que nosotros pensábamos que eran. Son falsedades, invenciones, fabricaciones”.

Nuestro “Día de Muertos” es sólo una invención prehistórica, adoptada y adaptada por el cristianismo dominador

de conciencias, una fabricación cultural. Rastreando las huellas de *El camino de la vida según el budismo*, destaca Humphreys que la “muerte es en sí misma una ilusión, pues la putrefacción es una forma de vida, un proceso de cambio, y el cuerpo en putrefacción está tan lleno de vida como su dueño reciente, cuando se hallaba conscientemente vivo”.

Por otra parte, las contingencias de la muerte tales como ritos, cultos, ofrendas, danzas, creencias y manifestaciones folclóricas, al igual que las circunstancias existenciales, han sido objeto de conocimientos admitidos empírica o hipotéticamente, de tal manera que al asentirlos conformamos su propia epistemología en correspondencia con los contextos socioculturales que permiten su posibilidad, al menos hablando fenomenológicamente. Así, tenemos en el Lejano Oriente al Buda que durante 45 años de predicación exhortó a sus monjes insistiendo que la muerte es sólo la muerte de la carne, pero la budeidad no es carne sino iluminación, por eso “el que mira mi cuerpo no me ve; tan sólo el que acepte mi Enseñanza, me verá”.

Mientras que en Medio Oriente, Mahoma desaprobaba el deseo de morir, según relataron Al Bujari y Muslim, que dijo Abu Huraira que el Profeta mencionó: “Que no desee ninguno de vosotros la muerte ni la pida antes de que le llegue. Ya que, ciertamente, si muere, su práctica se interrumpe y en verdad la edad del creyente musulmán no aumenta si no es con bien”; mientras que en Occidente, una vez que Sócrates fue condenado a beber la cicuta y convencido de que la muerte es un bien, les dice a sus interlocutores si “allá abajo está el paradero de todos los que han vivido”, entonces que magnífica oportunidad de conversar con Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero.

Si la epistemología es una disciplina que tiene por objeto analizar los límites, alcances y esencia del conocimiento, entonces más que preguntar *qué* es la muerte-cuestión que nos remitiría la especulación metafísica-, así como *dónde* voy a morir -que es un asunto ontológico-, se impone preguntarnos por el método (*meta*= a través; *odos* =camino) existencial de acercamiento a la muerte, es decir, *cómo* deseáramos morir. Como el vivir es un método de afrontar los retos de la vida, igualmente nos debe ocupar el de encarar la muerte, muchas personas desean morir en pleno sueño, otras de manera repentina y sin causar problemas a sus seres queridos, unos más de manera extravagante.

Empédocles se lanzó al cráter del Elba, Diógenes se atragantó con un pulpo vivo, Avicena, el médico mujeriego, murió por sobredosis de opio (el viagra del siglo X), Escoto Eriúgena y Moritz Schlick fueron acuchillados por sus alumnos. Desde que tomé el ciclismo como deporte favorito he tenido presente el dicho de Albert Camus “nada más ridículo que morir atropellado por un automóvil” (así le sucedió), y José Alfredo Jiménez dijo: “que se me acabe la vida frente a una copa de vino”.

Después de todo he llegado a la conclusión que me agrada ganarle a la muerte estando ‘muerto de risa’ antes de morir biológicamente. Creo que morir riendo es un buen método para reiniciar el proceso de vida después de la muerte, al fin y al cabo la muerte representa el tránsito de la libertad mundana limitada a la libertad cósmica ilimitada proyectada en la energía del universo.



Ríos de tinta han corrido en torno a la temática de la muerte como si en realidad la hubiéramos aprehendido y felizmente conocido; aunque parezca grotesco, ningún ‘muerto’ nos ha dicho qué es estar en aquella condición. Si en el mundo de los vivos definir la vida es complejo, mucho más lo será siquiera describir el de los muertos, el ‘otro mundo’, por llamarle de alguna manera.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Una muerte prematura

Don Manuel Sánchez Silva

(8 de febrero de 1959)



Pedro Gutiérrez, o “Pedrito”, como afectuosamente le llamaron sus amigos, tenía la sangre caliente y la mano pronta. Hijo de Don Pedro Gutiérrez, hombre acomodado y respetable que aún vive en Tecomán, su tierra natal, desde niño acusó un temperamento vehemente, una imaginación inquieta y un valor personal jamás desmentido. Para Pedro, el concepto de la hombría era un verdadero misticismo. Excelente amigo, siempre dispuesto a generosidades y derroches, disfrutaba de generales simpatías, pero sus más íntimos sabían lo peligroso que resultaba lastimar su susceptibilidad. Sensible en extremo al comentario malintencionado o a la burla hiriente, reaccionaba al instante en defensa de su amor propio y, sin medir las consecuencias, se resolvía a enfrentarse a cualquier situación.

Estaba emparentado con Agustín Santacruz, que tenía su misma edad y era un muchacho excepcionalmente inteligente y agradable. Como él mismo decía, descendía de una familia de caciques (su bisabuelo fue el coronel don Francisco Santacruz, gobernador de Colima, que se hizo famoso por su severidad y por haber amasado una cuantiosa fortuna en bienes rurales, entre los cuales figuraba la hacienda de Cuyutlán, en la que se comprendían las salinas, pueblo y balneario) y, desde adolescentes, se influyeron recíprocamente. Agustín admiraba la recia personalidad de Pedro y éste cedía a la influencia del talento de Agustín, quien entre otras características, poseía la de ser único para meterse en dificultades y salir de ellas airoso, sin que nunca “la sangre corriera al río”, pues Santacruz era más fecundo que Odiseo, en recursos habilidosos que le permitían provocar situaciones peligrosas, para luego conjurarlas mediante su ingenio.

En una especie de autosemblanza moral, Agustín se pintaba a sí mismo en sus versos que decían: “Yo soy un hombre a quien nunca ha dejado un tren. Soy sencillo y complicado como un tablero de ajedrez...”. Y así era, en efecto, versátil y contrastado: lo mismo improvisaba el más florido de los discursos sobre el más trivial de los temas, que componía un soneto inspirado por la sonrisa de una mujer desconocida o armaba un escándalo fenomenal en cualquier cantina de mala muerte.

Durante muchos años, Pedro y Agustín fueron inseparables. Arrogantes y agresivos, mujeriegos y parranderos, recorrieron la escala de la emotividad amorosa y abusaron de su buena suerte en toda clase de aventuras.

Sin embargo, había entre ellos la diferencia substancial de que mientras Pedro sostenía siempre con los puños lo que su boca decía, Agustín recurría a su inagotable retórica para neutralizar los riesgos.

Impulsado por su inquietud espiritual, siempre insatisfecha, Pedro se inscribió en el Colegio Militar y vistió el uniforme de cadetes. En ese establecimiento se reveló desde



Durante muchos años, Pedro y Agustín fueron inseparables. Arrogantes y agresivos, mujeriegos y parranderos, recorrieron la escala de la emotividad amorosa y abusaron de su buena suerte en toda clase de aventuras.

Días antes, Pedro había tenido un disgusto con un teniente de transmisiones llamado José Muñiz, y como ya era costumbre, resolvió las dificultades mediante un par de sonoras bofetadas, no volviéndose a acordar del incidente. Esa noche, cuando él y Jorge recorrían la banqueta de la plaza que da frente al portal Medellín y se divertían como chiquillos piropeando a las muchachas y arrojándoles confeti, advirtió que en sentido contrario caminaba Muñiz y otra persona. No se sabe si casual o intencionadamente, Pedro se retrasó un poco, pero el caso fue que al notar Jorge su falta, se detuvo y volvió la cabeza para buscar a su amigo, viendo que Muñiz lo tenía encañonado y que Pedro avanzaba, desarmado, tranquilo y sonriente, con la expresión despectiva que le era peculiar, en tanto que le decía:

—Mejor guárdate la pistola, para que no te la quite...

En torno de ellos, el gentío se replegó, tal vez presintiendo lo que iba a ocurrir. Cuando Muñiz, siempre con la pistola en la mano, retrocediendo para ponerse fuera del alcance de Pedro, se encontró en la calle, jaló el gatillo tres veces, derribando al muchacho, que se desplomó herido de muerte.

Numerosos amigos, surgidos de todas partes, levantaron al lesionado y lo llevaron al consultorio del doctor Madrid Béjar, donde este facultativo y el doctor Federico Linares Hinojosa, le practicaron una delicada operación. Pedro había sido herido en una pierna y en el estómago y fueron vanos los esfuerzos para salvarlo. Murió a las cuantas horas.

Y este fue el doloroso final de un hombre joven, que derrochó por igual su dinero y su vida y que fue ejemplo de pundonor y valentía.

un principio como un compañero sin par, un caballista nato y un hombre decidido y peligroso... cuando se le daba motivo para ello.

Después de algún tiempo de permanecer en la milicia, se reintegró a su inolvidable Tecomán, alternando la fatiga de las labores agrícolas, con la existencia del joven exuberante y ávido de imprevistos que reclamaba su propia noción.

Sería imposible completar un anecdotario de sus aventuras vividas en todos los órdenes. Una secreta fuerza lo proyectaba hacia todo lo que fuera romper la monotonía de la vida provinciana. “Nació con la chispa adelantada”, como lo definía Agustín.

Y un día vino el fin trágico de esa pujante juventud. Fue el 16 de septiembre de 1937. En compañía de su íntimo amigo, Jorge Michel, Pedro anduvo desde hora temprana en los festejos patrios. Por la tarde participó en

el tradicional “combate de las flores”, abordando el coche en que paseaba un grupo de amigos: Adolfo Schulte, licenciado Manuel Ahumada, Rubén Negrete y el autor de este artículo. Después, volvió a unirse a Jorge y ambos fueron a la serenata “monstruo” de la plaza principal, que fue escenario del drama.

Calaveras del Ágora

César Anguiano (Escritor)

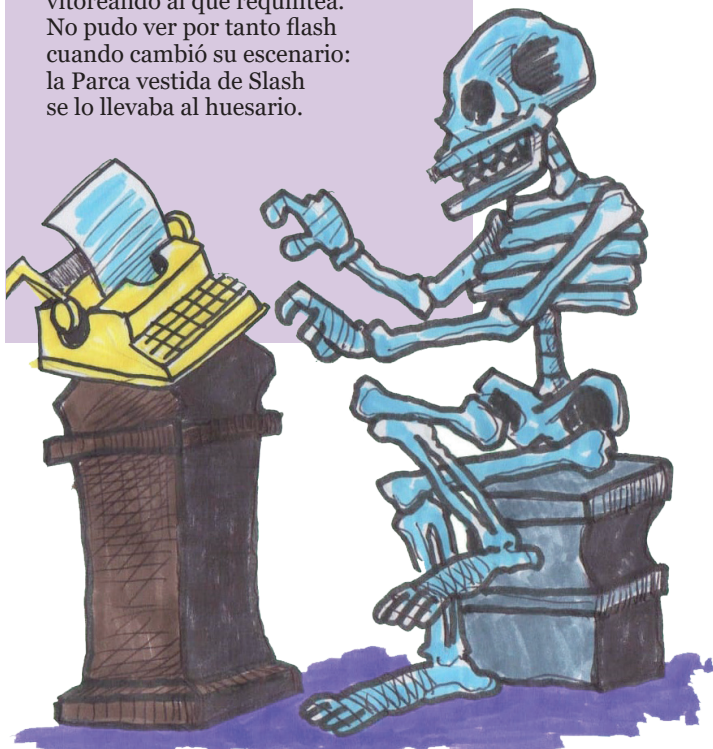
De lejos vino la Parca
por los Poetas de Babel
marcando en su lista larga
nombres y versos del papel:
Kar, Moreno, Godo, Barco...
“Me llevaré a siete en total”,
dijo en un tono muy parco
para comenzar su vendaval
La Flaca afiló guadaña...
Para no ir del tingo al tango
ni esperar hasta mañana
empezó por César Anguiano

Leopoldo Barragán (Filósofo)

Filosofando en cantinas
se topó al rey, José Alfredo
pronto le invitó un tequila
“Tus canciones son mi credo”
dijo Polo alborozado.
“Mi música te divierte
y éste es tu último trago
porque yo soy el jinete
que viene de un mundo raro”.

Miguel Ángel León Govea (Poeta)

Tanto rock y Guns and Roses,
embelesó a la Calaca
con el mejor de los goces:
un poeta que sí canta.
De entre tanta muchedumbre,
distinguió a León Govea,
con los brazos por las nubes,
vitoreando al que requintea.
No pudo ver por tanto flash
cuando cambió su escenario:
la Parca vestida de Slash
se lo llevaba al huesario.



Llegó ella

José Carlos C. Juárez

Tres campanadas aulló la torrecilla,
rasgó el silencio a las tres de la mañana
y tres palomas agitaron el ensueño
y un perro gris alertó que ella llegaba,
estiró el cuello por encima de la vida
que marchaba por las puertas de roble cansado.

Y marchó la sal desde los ojos de la viuda,
y marchó el viento arrebatándole el rebozo,
y marchó la flor con sus aromas fatigados,
y cansó el andar de la carroza enmudecida.

Tres veladoras crepitaron sus plegarias;
tres tres veces tres y llegó ella.

Y no escuché que el caracol ella soplara
y ni un penacho coronaba el cráneo blanco
y no cargaba la guadaña de estandarte
y ni elegante vi un sombrero de ala ancha.

¿Dónde está entonces esa muerte garbancera?

No vi llegar la calavera de Posada
ni petulante la Catrina de Rivera.

Calaverita a México

Miguel Ángel León Govea

Estaba la Parca a México
apuntando a la sien un cañón,
el pueblo sufría y lloraba
y a todo le hacía una canción.

Las madres a la Parca preguntaban
por los huesitos de sus hijos,
pero la malvada Calaca
nomás leía sus discursos hijos.

México temblaba, pero no se movía,
pues la Flaca acostumbraba
dar y dar noticias cada día.

¡Se acabaron los lechos de rosas!
—exclamó la Calaca.
Ahora el país respira por las fosas.

Todxs tuvieron un inseguro universal
Vivir es increíble
Los “afortunados”
se descomponen en un costal.





Cenizas, pan y flores: rituales de muerte en Suchitlán

Tonantzin Medina García*

La muerte como fenómeno cultural ha acompañado el desarrollo de la humanidad. La disposición de un cuerpo, su atuendo, los objetos que lo acompañan, la arquitectura funeraria, son elementos que proyectan un sistema cultural de creencias. Por estas razones podemos decir que los rituales mortuorios han permanecido en el pensamiento mítico-místico del ser humano en lo individual y en lo colectivo.

A través de la descripción de prácticas culturales entorno a la muerte en la comunidad de Suchitlán, Colima, se busca dar la evidencia palpable de que la cultura indígena se reproduce y que algunos de sus núcleos cosmogónicos han permanecido como elementos ejes del pensamiento simbólico-ritual de algunas comunidades.

No obstante, es relevante apuntar que en la mayor parte de la comunidad prevalece el desinterés por parte de los jóvenes de conocer y reproducir las prácticas tradicionales, salvo sus contadas excepciones, no sólo las referentes a la muerte, sino también otras prácticas como la siembra, la cocina, la lengua, los rituales y la medicina natural, aunque aún se encuentren presentes, en los miembros de la comunidad de mayor edad.

Los funerales

Actualmente en las comunidades indígenas los cuerpos se siguen velando, en su mayoría, en la propia casa. El cuerpo se viste, se prepara, se colocan las velas y las flores. Durante la velación se coloca una imagen religiosa en la cabecera del difunto, si es varón tendrá que ser masculino y si es mujer, alguna virgen.

Las flores que predominan como ofrenda durante la velación son el zaucó y la santa maría.

La flor de zaucó tiene una fuerte presencia en los rituales y creencias entorno a la muerte, pues entre los habitantes se tiene la creencia de que cuando el olor de zaucó se hace presente en el hogar, anuncia la muerte de alguien cercano a la casa (parientes o vecinos), pues su olor vincula el mundo de los muertos con el de los vivos.

Además de los rezos y cantos usuales en la tradición católica, en algunos funerales de estas comunidades se llaman a los grupos de danzas tradicionales para acompañar el cuerpo.

La familia del fallecido, como marca la tradición en la mayor parte del territorio mexicano, a quienes vienen a acompañarles en la velación les ofrecen alimentos en la zona, principalmente se ofrecen tamales, pozole, café y pan.

Ya pasado el día de velación se levanta el cuerpo, se recogen todas las flores y veladoras colocadas. Una vez que ha quedado limpio todo se coloca una cruz de sal donde estuvo el cuerpo, lo que se recogió se lleva junto con el cadáver y se sepulta con él para que la energía de muerte no se quede el hogar.

La luz es otro de los elementos con gran presencia en los rituales de la muerte, la luz que les enseña el camino que los llevará a su nueva morada y la luz que le muestra el camino de regreso en el día de muertos. Velas, veladoras, cirios se mantienen encendidos durante todo el proceso de velación.

Día de Muertos

La festividad del Día de Muertos tiene una mayor presencia en la comu-

nidad de Suchitlán. Su importancia radica en el hecho de que la fuerza de la conmemoración no se encuentra en la festividad colectiva, sino que se construye desde el plano de lo íntimo, es decir: en la suma de festividades de cada uno de los hogares que reciben a sus muertos. Se comienza con la limpieza y embellecimiento de tumbas. Se colocan pétalos de flores naturales sobre las lápidas, principalmente cempasúchil, bugambilia y santa maría; en algunos casos aquí mismo se ponen las ofrendas, principalmente bebidas como Coca Cola, cerveza y café. La noche y la tarde-noche del primero de noviembre se encienden las velas en el panteón para indicarles el camino de regreso a casa.

El cultivo de traspatio de la flor de cempasúchil es una práctica común en la comunidad de Suchitlán.

El Altar

El día primero de noviembre se comienza con la elaboración de los alimentos que acompañarán al altar, los cuales suelen ser los mismos para todas las casas: chayotes cocidos, quesadillas y los tamales de muerto. Estos últimos –aunque nada impide que se consuman en cualquier época del año– generalmente sólo se cocinan para estas fechas, los cuales consisten en una masa de maíz natural a la cual se le revuelven frijoles de la olla enteros con queso seco molido en el metate; luego son envueltos en hojas de plátano y cocidos al vapor. También se preparan las estructuras con las que se fabricarán los arcos que posteriormente se cubrirán de flores amarradas y tejidas para formar cadenas.

Se dice que poner el altar “es como servir una mesa: un plato para cada invitado”, ya que se sirven la cantidad de platos que correspon-

den con la cantidad de familiares a los cuales está dedicado el altar. Cada plato lleva su tamal, chayote, quesadilla y fruta. Una vez colocada la ofrenda de alimentos sobre ésta se depositan flores y los panes de muerto.

El pan de muerto en esta comunidad tiene una especial forma que corresponde con las tradiciones antropofágicas de los pueblos mesoamericanos, pues les llaman “Jesusitos”, monos o pan de muerto: son panes con figuras antropomórficas que se colocan en los altares con sus respectivas coronas, para después ser comidos. Los elementos esenciales en la elaboración del altar son:

Tamales de muerto; “Jesusitos” (pan con figura antropomórfica); Pan de enroso (pan en forma de aro con que se coronan los “Jesusitos” y se conforman los paneles que se colocan a modo de cabeceras en los altares, de donde se sujetan los arcos de flores y ofrendas para el muerto); Comida y bebida: tamal de muerto, fruta, atole, café; Flores: cempasúchil y bugambilia; Sal y Veladoras.

Me gustaría cerrar con el pensamiento de que más allá de la evidencia tangible para las instituciones o el turismo, en los remanentes culturales se encuentra la evidencia conceptual de que en las comunidades aún se conserva y recrean una identidad que se fundamenta en prácticas con un pasado indígena.

*Investigadora del INAH-Colima



Foto de Alejandro González Cuevas (2018).

La Coatlicue

César Anguiano

Aunque parte importante de la cultura occidental, en México sobreviven un conjunto de cosmovisiones, mitos y “sentimientos” que tienen que ver más con la cultura precolombina que con la modernidad. Uno de ellos, y quizás el más visible y vistoso, es nuestra concepción de la muerte. Aunque las figuras de calaveras vestidas como damas del porfiriato y coronadas de flores tienen un origen bastante reciente —los dibujos y grabados de José Guadalupe Posada—, en realidad son hijas de un sentimiento, de una cosmovisión del universo y la vida bastante más antigua.

Es posible que la única intención consciente de Posada, al crear estas figuras haya sido la de denunciar una injusticia y una desigualdad social a tal grado extrema, que sólo podía causar hambre y violencia, además de muerte. Pero algo más que eso cristalizó en sus grabados, así como en la gente que los observaba por primera vez a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, un sentimiento que había sido una constante desde la época de los aztecas hasta nuestros días; la creencia prehispánica de que la vida es un hecho inseparable, sólidamente entrelazada con la muerte.

Muchos europeos, viendo las calaveras de azúcar, nuestros panes de muerto, nuestras catrinas de papel maché y hasta nuestros festivales y desfiles donde paseamos ataúdes forrados con papel de china, creen que se trata de algo terrorífico, un regodeo en lo morboso, un enfermizo culto a la muerte. Ven las formas de la calavera, pero no el azúcar de que están hechas; se enteran del nombre del pan de muerto, pero no sospechan lo delicioso que puede llegar a ser adornado con fruta confitada y jaleas de membrillo y guayaba. Ven sólo una parte de una gran cosmovisión que los aztecas podían comprender cabalmente gracias a la figura de La Coatlicue, actualmente exhibida en el Museo Nacional de Antropología.

Los mexicanos actuales hemos logrado acercarnos de manera significativa a la comprensión, así sea inconsciente, de esa gran figura y esa gran cosmovisión que representa la escultura azteca. Estamos, por decirlo de algún modo, a medio camino entre la verdadera comprensión mexicana de esa figura y los prejuicios europeos. Una figura que, más que copiar el aspecto de un ser real, nos representa un “concepto”, un sentimiento, una idea de la existencia, muy diferente al de la cultura europea desembarcada en las playas orientales del continente a finales del siglo XV y comienzos del XVI. Al contrario de las esculturas que se realizaban en Europa por aquellos años, inspiradas en el arte griego antiguo, y que pretendían, antes que nada, ser hermosas, el escultor o los escultores de la Coatlicue pretendían hacer visible un concepto bastante abstracto de la vida y el cosmos, un sentimiento que lejos de poder ser descrito como bello, sería más propio llamarlo *horroroso*. Y es que para nuestra mirada occidentalizada esa visión de la gran madre, madre incluso de los otros dioses, esa representación oscura y luminosa de la vida, esa visión del caos y del orden a la vez, de la muerte y la vida entrelazados y representados por el collar de calaveras y mazorcas de maíz que adorna el “cuello” de la diosa, no puede sino provocarnos espanto.

Así ocurría también con los antiguos aztecas y así ocurrió para muchos capitalinos a finales del siglo XVIII, luego de ser encontrada en una acequia céntrica de la Ciudad de México y expuesta a la entrada de Palacio Nacional. Para los indios y peninsulares de aquella época con poca o ninguna educación, la figura no podía sino representar al diablo. Aunque algunos otros comenzaron a estudiarla con interés y curiosidad modernas, es decir, sin previos juicios de valor, ni a través de rígidas ortodoxias religiosas. Juicios de valor que, por otra parte, le habrían resultado indiferentes a aquella mole de 28 toneladas. Pues la idea de la indiferencia ante el bien y el mal, el nacimiento y la muerte, el agua y la sequía y otra serie de dicotomías, es quizá uno de los principales atributos de esta deidad.

Al contrario de la escultura de *La Piedad* de Miguel Ángel, que mueve con maestría sentimientos humanos y maternos de compasión, o las figuras de Cristo crucificado, la de sacrificio y amor por los hombres, la figura de la Coatlicue lo que nos sugiere es su suprema indiferencia por el destino humano, y hasta podría decirse que su indife-

rencia hacia el universo todo. Su fecundidad absoluta, representada en la infinidad de rombos con que están cubiertas las dos cabezas de serpientes que coronan la escultura, así como otras partes de ella, no hacen sino acentuar ese sentimiento. ¿Por qué ha de preocuparse por una flor marchita una diosa que puede hacer nacer millones de ellas en un solo instante? Para ella, las diferencias humanas entre salud y enfermedad, no son nada, porque al cabo de cierto tiempo, tanto los enfermos como los sanos terminarán por morir y servir de alimento a los que vendrán más tarde.

Esta visión de la vida, este monumento terrible de los aztecas, causaba el mismo

espanto entre los habitantes de la antigua Tenochtitlán, como puede causarlo en un moderno estudiante de antropología que estudie por primera vez su significado. El habitante de aquella antigua ciudad ahora desaparecida, aterrizado ya por los sacrificios humanos que de tanto en tanto se practicaban en los principales templos de la ciudad, quizá ni siquiera se atrevían a mirar directamente esta terrible escultura, una deidad que otorgaba flores y frutos y diversos animales como regalo a los hombres, pero para quienes los hombres no eran diferentes ni más importantes que una hormiga. Una diosa que anticipándose al sentimiento de insignificancia generados por el estudio científico y moderno del universo, situaba al hombre en su “nadidad” frente a la creación.

Es posible que este sentimiento trágico y terrible de la vida, se desarrolle sobre todo en sociedades donde el estado lo exige todo del individuo, dejándole muy poca o ninguna libertad, como sucede en las sociedades actuales. No es casualidad que el arquetipo y el ícono de esa deidad hayan renacido precisamente en la época del porfiriato, una época todavía más desigual e injusta que la nuestra, donde algunos hombres podían ser dueños de Estados completos de la “República”, y otros tenían que morir en unos cuantos meses de trabajo exhaustivo en las haciendas de henequén de Yucatán, o en los valles y las junglas terribles de Oaxaca como relata John Kenneth Turner en su libro *México bárbaro*. Tampoco es una casualidad que en la actualidad se celebren en prácticamente todo el país grandes festivales y carnavales de la muerte; una especie de renacimiento de ese culto ancestral ocurrido en las últimas tres décadas de neoliberalismo salvaje. Aunque es necesario precisar que en la actualidad, aún sin saberlo conscientemente, los mexicanos no celebramos la muerte precisamente, sino nuestra resistencia y nuestra voluntad de vencer un destino que nos condenaba a la insignificancia. Por eso reímos fuerte ante la muerte y ante cualquier golpe terrible del destino, para recordarnos a nosotros mismos y a quien nos oprimen, que nuestra voluntad de resistencia y de ser felices es tan grande e invencible como la indiferencia, la frialdad y crueldad, de la madre de los dioses.



Escultura de la diosa Coatlicue.

Por eso reímos fuerte ante la muerte y ante cualquier golpe terrible del destino. para recordarnos a nosotros mismos y a quien nos oprimen. que nuestra voluntad de resistencia y de ser felices es tan grande e invencible como la indiferencia. la frialdad y crueldad. de la madre de los dioses.



Las festividades de Todos los Santos en Colima

José Luis Larios García

Como cada año, el 1° de noviembre se celebra el día de *Omnium Sanctorum*, que se significa “Todos Santos”. Es una fiesta en el calendario de la iglesia católica en honor a todos y cada uno de los santos que han instituido el mensaje y la devoción a Dios. La celebración tuvo sus orígenes en el siglo IV, bajo el papado de Bonifacio IV para festejar a los mártires de la Iglesia y quienes nos han presidido por el camino de la fe. El Papa Gregorio III consagró una capilla en la Basílica de San Pedro en honor a Todos los Santos, mismo que estipuló la solemnidad litúrgica en una festividad; siglos más tarde se extendió por Europa.

En México, con la Conquista de los españoles, establecieron el catolicismo como religión única por todos los rincones de la Nueva España. Clérigos y órdenes regulares se encargaron de evangelizar y llevar la *Buena Nueva*, es decir, el anuncio de la salvación que Cristo ofrece a toda la humanidad.

En Colima, las primeras referencias documentales que se tienen en relación a la festividad de este día, es durante la segunda mitad del siglo XVI. De acuerdo a los datos registrados en el catálogo de consulta elaborado por José Miguel Romero de Solís, localizados en el Archivo Histórico del Municipio de Colima, nos menciona que, el 13 de septiembre de 1557, Juan de Arana escribió a Bartolomé Sánchez, avisándole que Jerónimo de Sosa lleva once cargas de cacao y manda una carta de Jerónimo García para informar que irá a Tuspa y Tzapotlan a venderlo [*el cacao*], “en su venida para Todos Santos” (AHMC, caja A-1 exp. 2).

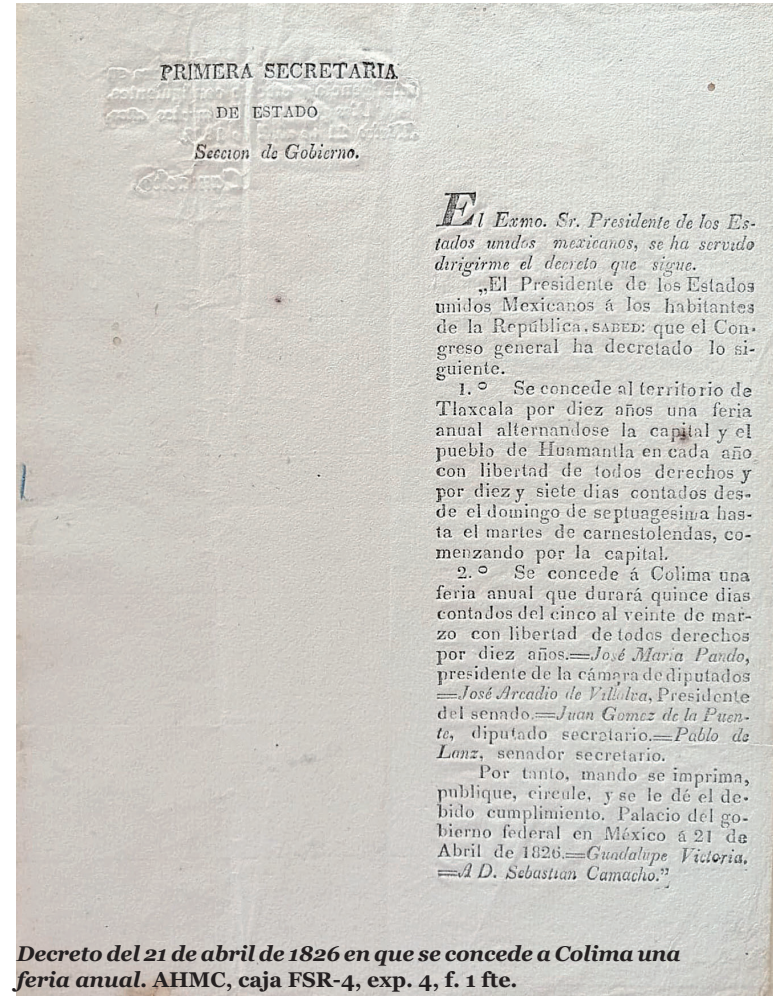
El antecedente más preciso con relación a la festividad está fechado el 2 de noviembre de 1572, donde menciona que en Almolyan “iba por la calle arriba hacia la Iglesia de San Francisco una procesión de indios e indias, con hachos de paja encendidos e candelas blancas de cera alumbrando por la calle”. Estas referencias dan cuenta de las primeras manifestaciones representativas de un pueblo devoto y creyente (AHMC, caja A-15, exp. 8, f. 4 fte.).

Son pocos los documentos que aluden a la festividad del 1° de noviembre, de la cual todavía no se tienen hallazgos precisos para indicar que existiera una celebración con diversiones y juegos a la par o fusión con el día religioso, a pesar del gran acercamiento que había entre las autoridades políticas y el clero. No obstante, los registros señalan el problema de la unificación de ambas tradiciones, como la efectuada en el año de 1812, en que el Intendente de Guadalajara José de la Cruz remite al subdelegado de Colima que se prohíbe instalar el tianguis y “toda clase de fuegos, ni otra cualquiera diversión, evitando las danzas y comilitona que han acostumbrado los indios y que solamente haya función de la iglesia con aquella devota obtentación [*sic*] que permiten las circunstancias de las poblaciones” en los días “feriados de los santos”.

Quizás las autoridades temían utilizar pirotecnia para evitar algún siniestro que pudiera afectar a las viviendas y edificios públicos, algunos todavía construidos con techos de teja o madera, pues ese mismo año la Iglesia Parroquial de Colima (hoy Catedral Basílica) se incendió casi en su totalidad por el mes de octubre al realizar los preparativos festivos a Nuestra Señora del Rosario. Además, procuraban evitar el escándalo y la inmoralidad en los días solemnes. (AHMC, caja FSR-4, exp. 13, f. 1 fte.).

Catorce años después, el 21 de abril de 1826, bajo la presidencia de Guadalupe Victoria, se expidió un decreto donde señala que “se concede a Colima una feria anual que durará quince días contados del cinco al veinte de marzo con libertad de todos derechos por diez años”, información que se tiene como antecedente de la actual feria de “Todos los Santos”, pero aún separada de la fecha religiosa del 1° de noviembre. En esta festividad, ya se contempla las diversiones y fuegos artificiales como el encendido del torito y castillo, prendiéndose en la plaza principal, actual jardín de la Libertad (AHMC, caja D-59, exp. 27, f. 1 fte.).

Otra referencia documental que nos remite a los antecedentes de la misma, corresponde al año de 1884, en el que se estipula en el *Reglamento y Tarifas del Mercado*, que durante la festividad de Todos los Santos se permita la “introducción de frutas, dulces, labrados, juguetes y demás artículos en la época expresada del 31 de octubre al 2 de noviembre, lo cual se deduce la existencia de verbenas en el jardín de la Libertad y también solemnidad religiosa en los días señalados. Por lo tanto, el dicho reglamento regulaba las tarifas por derecho de piso de las localidades de los comerciantes, tanto del mercado como en los días feriados. Durante las festividades, los puestos de primera y segunda clase pagaban un peso seis reales, y los de tercera clase, cuatro reales.



Decreto del 21 de abril de 1826 en que se concede a Colima una feria anual. AHMC, caja FSR-4, exp. 4, f. 1 fte.

En 1881 se estipula en el Reglamento y Tarifas del Mercado, que durante la festividad de Todos los Santos se permita la “introducción de frutas, dulces, juguetes y demás artículos en la época expresada del 31 de octubre al 2 de noviembre, lo cual se deduce la existencia de verbenas en el jardín de la Libertad.

Los productos que ofertaban los comerciantes eran frutas del estado y extranjeras, verduras, bateas, carnes, chiquigüites, equipales, hamacas, cal, café, legumbres, tabacos, cera, costales, quesos, loza de fuera del estado, alfajor, abrigos, rebosos, sombreros, aguas frescas, dulces, gallinas, tejuino, tepache, cocos, entre otros. Se suponía que todas las localidades que se instalaban en el jardín “le fuese posible, procurando el mayor ornato, uniformidad y solidez en la construcción de mostradores y armazones”. Toda una algarabía con regocijo se vivía en la pequeña ciudad de Colima, entre el culto sagrado católico y las demostraciones populares, hicieron que años posteriores se convirtiera en lo que conocemos hoy la “Feria de Todos los Santos” (AHMC, caja D-168, posición 2, ff. 4-7).